



EL MEDICO DE LA GRACIA: UN CASO DE BRUJERIA ACTIVA

RAUL GUERRA GARRIDO

El proceso de cosificación del hombre adquiere proporciones alienantes a través de un racionalismo a ultranza que lo reduce a simple materia prima; según *Chemical Engineering News*, el valor de los componentes del cuerpo humano se ha disparado en este decenio, de 75 pesetas ha pasado a 225. La medicina lo esquematiza a un tubo de ensayo en el que reaccionan de forma químicamente pura los componentes de su arsenal farmacológico a fin de eliminar síntomas sin preocuparse de etiologías, ya que, además, cualquier fallo tiene solución sintética: la sangre con la mezcla de polisiloxanos, la piel con la película de ácido glicólico, y así hasta...

El hombre se revuelve instintivo contra una presión que terminará cuestionando su salud síquica en una computadora, y siente la necesidad de aprovechar lo que intuye existe, tiene que existir, al otro lado del espejo cientifista, un soplo de espiritualidad mágica cargado de misterio y esperanza, lo que de siempre se llamó milagro.

El hombre tiene fe en muchos poderes ocultos, pero en ninguno como en la «gracia» que interconexiona con creencias religiosas más trascendentes.

La «gracia» es un poder de clarividencia que permite saber todo de todos los interlocutores con los que el poseedor de la misma se enfrenta, y su posesión implica el uso juicioso de ella y también el empleo casi exclusivo en el arte de curar; viene dada por una sola y fortuita circunstancia: el llorar en el vientre materno. Lo que no se sabe a ciencia cierta es si este llanto es causa o efecto de tal poder, pero lo que sí está fuera de toda duda es su condición de *sinequanon*. No existe ningún contacto entre la «gracia» mágica (que se tiene) y la «gracia» divina (en la que como mucho se está). La característica física para identificar al «agraciado» es la cruz en la boca, una mancha cruzada en el velo del paladar.

El médico de la «gracia» procede de Extremadura, en donde ejerce en el momento de escribir estas líneas. Para ser recibido en su consulta se debe solicitar con varios meses de antelación. Dado el gran número de sus paisanos emigrados a las zonas industriales (yo lo conocí precisamente en Rentería durante la toma de datos para «Cacereño») periódicamente realiza una gira nacional para atenderlos *in situ*; su siempre breve estancia en una localidad provoca las consiguientes aglomeraciones.

La entrevista, frente al carácter tumultuario de la espera, cobra un carácter íntimo. El paciente se encuentra en una habitación sobria y tranquila; el médico de la «gracia» le recibe sentado, mesa de por medio, con su secretario y un vaso de agua en el que se concentra; no existe ningún útil más, ni siquiera fonendoscopio; como mucho, a veces un libro escrito en caracteres cirílicos, árabes, etc., pero nunca latinos. El paciente lo único que debe hacer es sentarse y esperar el oráculo, esto es suficiente para que le informen de

que le duele aquí y allí, de que tiene esto o aquello y de que debe seguir tal tratamiento. Adviértase que el paciente no debe informar sobre sus síntomas. El tratamiento se repite con voz cálida y el secretario lo va escribiendo meticulosamente con letra de párvulo aplicado. El paciente paga sus honorarios, se lleva la receta y la cumple.

Los resultados suelen ser altamente satisfactorios y se corren de boca en boca, provocando esa clientela tumultosa ya mencionada.

La actividad del que llamamos «médico de la gracia» oscila en el triángulo conceptual del Médico-Curandero-Brujo.

El eje diamantino de su actividad, alrededor del que gira el prodigio, es la «gracia», ese poder mágico que le permite adivinar la dolencia de su interlocutor sin necesidad de ningún informe verbal, ni mucho menos el empleo de métodos deductivos tales como análisis clínicos, exploraciones etcétera. Su diagnóstico es, pues, por mágico, certero e infalible, sin rastro de duda alguna. Esto le aleja brutalmente del vértice Médico, pero también y casi con la misma brutalidad del vértice Curandero. El Médico llega al diagnóstico a través de una metodología científica en la que siempre queda una duda racional. El Curandero llega al diagnóstico a través de informaciones directas del enfermo, a veces de exploraciones directas basadas en una práctica costumbrista, no utiliza ningún poder mágico que como mucho está en los remedios y de forma extrínseca a su esencia personal. La exhibición de fuerza del diagnóstico mágico provoca un caudal inagotable de reacciones favorables.

Una virtud paralela del proceso, pero a nivel inteligible y convencional, radica en la semiclandestinidad, en el semimisterio; todo el mundo lo sabe y si ninguna autoridad lo aprueba tampoco lo prohíbe. ¿Este señor es médico? Se ignora y él se cuida muy mucho, lo sea o no, de aclarar una duda que le favorece precisamente por su carácter indeterminado: provoca recónditos estímulos de encontrar en el misterio de lo oculto lo que la luz del día nos niega. Si visita a un enfermo en un hospital se hace pasar por pariente con la tan emocionada como agradecida complicidad de la

familia. Esto le sigue alejando del vértice Médico, aunque le haga coincidir en parte con el vértice Curandero.

El tratamiento recomendado constituye una aparente contradicción con el carácter esotérico de la diagnosis. Suele estar constituido por unas dietas o costumbres higiénicas, baños, etc., según proceda, descritos con minuciosidad exhaustiva, y una receta con especialidades farmacéuticas y fórmulas magistrales en las que las dosis, frecuencias y toda suerte de datos accesorios, antes o después de las comidas, etcétera, se describen hasta el más nimio detalle, a veces hasta se utilizan unos calendarios gráficos para mayor comprensión. En este tratamiento tan personal se acerca al vértice Médico y a una de sus facetas más humanas, que es el considerar a la persona no como un caso más de una enfermedad sino un enfermo concreto, espécimen único, hecho que provoca una receptividad muy favorable al tratamiento.

De cara a la cumplimentación en la farmacia de una de estas recetas, se carga de efecto psicológico al tenerle que preparar «su» fórmula, e incluso, gracias al cúmulo de recomendaciones, «su» antibiótico, propio y personal, como si no fuera el de una marca registrada fabricada en serie. Sirve de coadyuvante sinérgico al efecto mágico que el consumidor atribuye, por transferencia de la magia del diagnóstico, al tratamiento.

La utilización de productos registrados en la Dirección General de Sanidad le aleja del vértice Curandero, ya que aunque comparte con ellos un profundo conocimiento de herboristería, sólo lo aplica en aquellas fórmulas magistrales de solvencia reconocida en la práctica, sin caer en la superstición pintoresca de otras fórmulas al uso, pues si bien está en trance de desaparecer la pócima para lograr el embarazo de la mujer estéril consistente en testículos de cerdo enteros y secos, macerados en vino dulce, que deben tomarse el último día de la menstruación, es debido a la dificultad de la receta, ya que, por ser más sencilla su formulación, todavía persisten los orines de melliza para curar el orzuelo, y no digamos la pulsera de cobre para el reuma, así como otras muchas aberraciones, a pesar de su fracaso sistemático. Con

el Curandero hábil coyuntador de huesos no guarda tampoco relación alguna puesto que él nunca actúa directamente. Podría llegar a la confusión con el Curandero exorcizador, el que emplea hechicerías o encantamientos a la manera de: «Dios te guarde, San Apolón. Calenturas traigo, tercianas son. Aquí te las dejo, quédate con Dios», pero aparte de que éste como máximo alcanza la categoría de medio-hechicero, debe pedir prestada la magia a través del conjuro, la diferencia sustancial está en los resultados y la difusión de los mismos.

La posesión de la «gracia» incrusta al personaje estudiado en el vértice Brujo; la utilización de remedios científicos no le separa un ápice de dicho vértice, ya que, históricamente, los brujos han venido utilizando para la confección de sus filtros secretos los remedios de que la ciencia disponía, así, en su edad de oro medieval, la alquimia fue la gran proveedora; ellos se limitaban a añadir el poder mágico y a darle un toque personal definitivo, el filtro de amor debía llevar algo, cabellos por ejemplo, de «su» ser amado, y en el caso que contemplamos ocurre lo mismo, ya que hemos visto con cuánta sabiduría el toque personal transforma una marca registrada en «su» antibiótico y al mismo tiempo se le transfiere la magia de la diagnosis.

Un último dato a reseñar es el alto coste de la visita y la consiguiente receta, a pesar de lo cual sus tratamientos se siguen con puntualidad religiosa por enfermos que han rechazado, por caros, otros más baratos de reconocidas personalidades del cuerpo médico. En esto coincide con los psicoanalistas que cifran parte de su éxito en el sacrificio económico del cliente y pronostican su fracaso si se lleva con carácter gratuito a la Seguridad Social.

Nos encontramos ante un hecho de brujería, o si se quiere ante un hecho extra-racional, puesto que la exhibición de «gracia» es diaria y está suficientemente probada. El protagonista está íntimamente convencido de su poder y miles de personas están íntimamente convencidas de que lo tiene y de que otras más lo pueden tener, tanto es así que multitud de mujeres grávidas confiesan escuchar los murmullos de su vientre con la esperanza de oír el eco de un llanto promisorio.